

enfermedad, no tenía de qué vivir y hacía traducciones; había visto suicidarse á su amigo Hingant después de haber estado cinco días sin un pedazo de pan. Son estos momentos en que se habla un lenguaje que tiene un sello especial y que no compromete á nadie para todo el resto de su vida. Es más, Chateaubriand se desprendió francamente de él en la segunda edición del *Ensayo histórico* y declara explícitamente que condena el pesimismo y la amargura de un libro escrito en Londres durante los días sombríos del destierro cuando se hallaba sin recursos y se veía condenado y abandonado por los médicos. Se excusa más tarde de haber visto la sociedad con tan negros colores y de haber renegado de los hombres, y lo explica en esta forma: iba á morir, pobre combatido por la tormenta, lanzado como triste resto del naufragio en el suelo extranjero: « No podía, dice, pasear miradas risueñas por el mundo cuando me servía de mesa la lápida de mi sepulcro. » Se ha dicho que Renato el héroe de *los Natchez* y de *Renato* lleva el mismo nombre que Chateaubriand y presenta con él gran analogía. Se atribuyen al autor todas las frases, desesperaciones y aburrimientos de su personaje. Si Renato bosteza, Chateaubriand tiene que hacer lo mismo. Le endosan el traje de su héroe, le atribuyen sus palabras y le dirigen las reprimendas del P. Aubry ó del P. Souel:

« Mi alma está cansada de mi vida. — Me fastidia la vida. — Siempre me ha devorado el fastidio. — Gloria, genio, trabajo, odios, prosperidad, infortunio, me fatigarán de igual manera. — La sociedad y la naturaleza me han llenado de cansancio. »

¿ Quién habla de esta manera? Renato. Hay cierta extensión abusiva en considerar esto como la confesión de Chateaubriand.

Tuvo, en grado maravilloso, un don raro, la imaginación, de la que hizo el más brillante uso en sus relatos de viajes. Esta misma imaginación le transportó al reino del Fastidio que trató de describir. Lo hizo con ese vigor de toque, esa abundancia de detalles y esa verdad dominadora que pone en todo lo que escribe. Diríase que todo es copia de la vida: no hay que engañarse; es obra de la imaginación. Posee la intuición del alma dominada por el fastidio. Renato no hubiera sido capaz de vivir la existencia de Chateaubriand. Éste no podía describir nada sin la prodigiosa amplificación en que echaba todo el fuego de su espíritu; engrandecía todo lo que tocaba, hasta el fastidio. Fué el aburrido imaginario, por persuasión, por vanidad teatral y en el fondo no estuvo muy enfermo, puesto que soportó perfectamente este fastidio, doblemente conservador, hasta los ochenta años.

Oigamos á Renato:

— Me hallé mas aislado en mi patria de lo que había estado en tierra extranjera. Quise lanzarme durante algún tiempo á un mundo que nada

me decía y que no me oía. Mi alma buscaba un objeto á que poder apegarse, pero eché de ver que *daba más de lo que yo recibía*. No era ni un lenguaje elevado ni un sentimiento profundo lo que exigían de mí... Adopté el partido de retirarme á un barrio apartado para vivir en él completamente ignorado.

Nada de esto puede aplicarse á Chateaubriand que fué mundano y que debía serlo para desempeñar sus cargos de Ministro de negocios extranjeros, y de embajador; que dió fiestas y bailes en Londres, en París y, en Roma (véase el relato del baile que organizó en los jardines de la villa Médicis con un globo cautivo); que « recibió más de lo que dió » en sus afectuosas relaciones con las Sras. de Beaumont, de Noailles, de Récamier y con otras hermosas amigas.

Recibía más de lo que daba, cuando la marquesa de V... le escribía desde su castillo de Hauteville sus ardientes cartas á las que él respondía con irónica frialdad. Por lo demás, jamás hubiera consentido en vivir ignorado en un barrio, pues le inspiraba demasiado interés su propia notoriedad.

Sus contemporáneos no vieron en él al hombre fatal y cejuno creado por la leyenda.

En 1832, cuando fué con su esposa á Lucerna, se detuvo en Vezoul donde se encontró con Agustín Thierry atacado ya de parálisis y de ceguera, y el gran ciego cuyo genio histórico se había despertado con la lectura de *los Mártires* le decía sin sombra de ironía:

Sois, Señor, el hombre más feliz de Europa y el más digno de envidia. Os halláis en pleno vigor y sois joven para el trabajo, ¡ qué feliz sois !

Es propio de los desalentados, de los hastiados, de los desesperados el abandono, la indiferencia y la molicie. Chateaubriand tuvo por el contrario una energía, una actividad prodigiosa, una voluntad potente, odios vigorosos, ternuras encantadoras, sonrisas, rasgos y resistencias que nada pudo abatir. Si no en cuanto al ingenio y á la malicia, que no fueron el fuerte de Chateaubriand, por lo menos por la tenacidad, la acción y la solidez, recuerda á Beaumarchais, que decía después de cada fracaso: « — Sacudo mi cabeza cuadrada y vuelvo á empezar. »

Chateaubriand pasó por todos los estados, conoció la elevación y la desgracia; jamás se sintió deprimido y, en medio de la corriente de las olas humanas y en medio de la marea política, permaneció inquebrantable como las grandes rocas de su país que combate en vano la marea. Es el ejemplo de la más hermosa salud moral sostenida por una vigorosa salud física; y hubiera sonreído si hubieran diagnosticado para su persona la neurastenia que padece Renato, el hermano de Amelia.

Renato es indiferente á todo, mientras que Chateaubriand no lo es á nada. Véase si no la importancia que da á las cosas: ante todo á sí

mismo, á su vida y á sus actos que no deja de recordar con soberbia altivez :

Mi nombre se halla unido al reinado de Bonaparte, al restablecimiento de los altares, al de la monarquía legítima, á la fundación de la monarquía constitucional. Han pasado por mis manos los más grandes negocios. He conocido á casi todos los reyes y á casi todos los hombres, ministros ó no, que han desempeñado un papel en mi tiempo. Fuí presentado á Luis XVI y vi á Washington al principio de mi carrera.

¡ Cuán sensible es á todos los homenajes de la notoriedad ! : « En una miserable posada de aldea, acuden con frecuencia un padre y una madre con su hijo para darme las gracias ». Esto le llena de júbilo.

Y ¡ qué importancia da á todo lo que escribe ! ; Qué esmero en la forma y en los efectos en atención al público á quien Renato desprecia ! Era severo con sus libros que no dejaba de retocar con violento esfuerzo y con obstinada constancia, porque aquella imaginación ardiente no lanzaba el fuego de golpe; se iba encendiendo por grados y el oro parecía afinarse y resplandecer á medida que ella se abrasaba.

Para convencerse del caso que hace del público, basta ver la edición de sus obras y, si se quiere juzgar del interés paternal y tierno que Chateaubriand les consagraba, basta leer sus prefacios. Son muy numerosos y forman como un diálogo continuo con el lector al que recomienda sus hijos defendiéndolos de antemano de la maledicencia y la malicia. Emplea con ellos infinitos y conmovedores cuidados.

En 1826 pone un *prefacio general* á sus *Obras completas*. En él se excusa de la necesidad de reunir sus obras y resume su vida.

Siendo el *Ensayo* el primero de sus trabajos, le anuncia con una *Advertencia* (1826) explicando que lo ha dividido en dos volúmenes; luego viene un *Prefacio* (1826) á la vez autobiografía y profesión de fe con un juicio severo, y con frecuencia justo, de dicho libro « verdadero caos ». Pero no basta esto aún. Viene luego el *Aviso* y luego la *Noticia* que repite casi lo mismo : y al fin tenemos el *Ensayo* después de cinco preliminares, — cual si atravesásemos cinco peristilos — antes de entrar en un edificio. Y hay que notar que el mismo capítulo I se halla precedido también de una larga *Introducción*.

Tenemos pues : *Introducción*, *Noticia*, *Aviso*, *Prefacio*, *Advertencia*, *Prefacio general*; es decir que Chateaubriand ha agotado toda la serie de nombres que pueden darse á estos preliminares : el libro se halla copiosamente anunciado.

Á los *Estudios históricos* preceden una *Introducción* y un *Prefacio*. Y los *Estudios literarios* llevan también su prefacio correspondiente.

Al *Itinerario* le acompaña el mismo aparato : *Prefacio* de 1827, *Advertencia*, *Introducción* ó *Prospecto* de suscripción, *Nota sobre Grecia*.

*Prefacio* á una nueva edición de esta nota sobre Grecia ;

*Prefacio* de la 1ª edición del *Itinerario* ;  
*Nuevo Prefacio* para la 3ª edición.

*Introducción* considerable, y por último el *Viaje*, sin contar las notas, apéndices, extractos de discursos y de otras obras y fragmentos inéditos de las *Memorias*.

En cuanto á los *Viajes por América* no pueden quejarse tampoco en este terreno : por de pronto tenemos las memorias sobre los monumentos del Ohío y de las antigüedades indias ; una *Advertencia* de 1827, un *Prefacio*, una *Introducción*, un *Prefacio* y una *Introducción* para anunciar el *Genio*, con multitud de notas y aclaraciones.

Cuatro prefacios para *Atala* y *Renato* con notas y críticas ; prefacio para los *Abencerrajes* ; prefacio para los poemas gálicos de John Smith ; tres prefacios para los *Mártires* y las *Observaciones* ; prefacio para los *Natchez* ; prefacio para las *poesías* ; prefacio para *Moisés* ; prefacio seguido de advertencia para las *Misceláneas históricas* ; dos prefacios y una advertencia para las *Misceláneas políticas* ; prefacio (1837) para las *Obras de Polémica* ; prefacio para las *Opiniones y discursos*.

Rara vez se ha visto autor que se haya complacido más en conversar con sus lectores para explicarles por qué, con qué motivo y como ha reunido, publicado ó reimpresso tal parte de sus obras ; á qué momento de su vida se refiere su libro ; de qué críticas fué objeto ; lo que tenían de infundadas y como ha ido limando su estilo durante años y años hasta llegar al punto de perfección de que es capaz <sup>1</sup>. No es éste el Chateaubriand orgulloso y altivo que nos representan en su aislamiento desdenoso : es el ser más sociable, más ansioso de la aprobación común, más cuidadoso de granjearse la amistad del público y de justificarse de antemano de las injustas censuras que pudieran hacerle. Se reproducen siempre las mismas fórmulas : « He escuchado como siempre los consejos de la crítica. » Sabe criticarse y corregirse á sí mismo, condenar el tono imperioso de sus principios, el empleo del yo y bromear acerca de sus obras :

Este tono solemne, ese principio lleno de tiesura serían cómicos, si no fuesen la imitación de un joven alimentado con la lectura de J. J. Rousseau y que reproducía los defectos de su modelo...

El yo me es odioso, no hay nada más antipático para mi espíritu.  
Espero que el lector hallará aquí suficientes excusas del empleo que hice del yo.

Estamos muy lejos del Chateaubriand legendario. Las palabras siguientes acerca de sus obras juveniles son encantadoras :

1. Merece notarse una vez más ese cuidado de la lima y de la corrección que distingue á los escritores franceses y que contrasta grandemente con el abandono y descuido casi general de los nuestros. Raro es el libro que sale á luz corregido como Dios manda, por culpa ya del autor ya de la imprenta. Y lo malo es que esta desidia en las cosas pequeñas se refleja después en las grandes. (N. del T.)

El fuego dará cuenta de ello á excepción de algunas páginas que me servirán para otro trabajo. Experimento una especie de espanto al ver mi enorme fecundidad. Es preciso que desde mi juventud hayan tenido los días para mí más de veinte y cuatro horas; seguramente algún demonio alargaba el tiempo que yo empleaba en mi diabólica tarea.

También es francamente alegre esta nota agregada más tarde al final de una página de su primer *Ensayo*: «¡ Heme aquí! ¡ hagámonos salvajes! »

En los prefacios de las reimpressiones acumula los testimonios que están de acuerdo en conceder á su obra algún valor y alguna exactitud. Los americanos leen *Los Natchez*, cosa que no harían si no hallasen en ellos su América: cita cartas que ha recibido, confiesa modestamente sus errores y solicita la venia del lector con una humildad que se hará más insinuante aún con los años.

Ni los hombres ni menos aún las mujeres le dejaron indiferente. — Fué un gran enamorado. Hay que leer su correspondencia en el momento en que llevaba por partida doble las cuentas de su corazón, entre la Sra. de Custine y la misteriosa Sra. C... Es « ligero » decía el rey. Sus cartas amorosas son incandescentes; alternan en su correspondencia con importantes instrucciones á la Sra. de Talaru:

Yo que me hallo en el centro del círculo, veo todos los radios y los diversos puntos de la circunferencia. Nuestra verdadera política es la política rusa<sup>1</sup> mediante la cual contrabalanceamos á dos enemigas decididas, á Austria y á Inglaterra. — Si Rusia quisiese ahora ser demasiado preponderante, una ligera inclinación de nuestra parte hacia Inglaterra no tardaría en restablecer el equilibrio. — Debemos jugar con estos dos contrapesos.

Al mismo tiempo y con la misma pluma escribía, á la Sra. de C...: « Cuando estés en París, me harás saber el momento en que puedo ir á besar tus hermosos pies. ¡ Tuyo! ¡ Tuyo! Recibo tu carta, etc... »

La misma diplomacia observa entre la Sra. de Duras y Mad. Recamier.

« ¿ Será verdad que no podéis vivir sin cadenas? ¿ Cuántas podría contar yo?... »

Él responde:

¿ Pretendéis que rechace á todo el que me da pruebas de benevolencia? Me es imposible. Mi carácter es una mezcla de fortaleza y de debilidad. ¡ No puedo dominarme!... Tomadme como soy. Una vez que tenéis vuestra parte, el resto no vale la pena de ser reclamado.

1. No sólo es de admirar la clarividencia del gran escritor y diplomático en lo relativo á la política exterior de Francia, sino también el patriotismo de los franceses que lo mismo en tiempo de la Restauración y del 2º Imperio que en plena república socialista no pierden nunca de vista el interés superior de Francia. ¿ Cuánto tendríamos que aprender de ellos en este punto! (N. del T.)

Y escribe á Mad. Recamier:

Os amo con toda mi alma, y nada podría impedirme amaros, ni vuestro partido, ni vuestra injusticia.

La insociabilidad y la impassibilidad olímpica de este eterno herido son pura fábula. Este Olimpo tenía un cráter humeante.

Á lo menos reconoce que hay una hermosa parte en la vida; puesto que expresa en términos muy lindos el pesar de su pasada juventud:

Lo que encanta en la edad de las aventuras amorosas se convierte en objeto de sufrimiento y de pesar en la edad del abandono. No se desea el retorno de los meses risueños de la tierra, antes bien se teme. Los pájaros, las flores, una hermosa tarde de fines de abril, una hermosa noche que empieza con el primer canto del ruiseñor y acaba por la mañana con la primera golondrina son cosas que inspiran la necesidad y el deseo de la felicidad y que nos matan. Sentís aún todos esos encantos, pero ya no os pertenecen; la juventud, que los disfruta á vuestro lado y que os mira con desdén os inspira celos y os hace comprender mucho mejor la profundidad de vuestro abandono. La frescura y la gracia de la naturaleza, al recordaros vuestra felicidad pasada, aumentan la fealdad de vuestra miseria. No sois sino una mancha en esta naturaleza cuya armonía y gravedad alteraréis con vuestra presencia, con vuestras palabras y hasta con los sentimientos que podríais expresar. Podéis amar, pero ya no es posible que os amen.

¿ Con qué adoración habla, en su otoño « de esas mujeres de la primavera que pasan entre las flores, los conciertos y la claridad de las arañas! » No niega seguramente los placeres de la vida y hasta los placeres muy puros y sencillos como los de la caridad. Era conocido por su bondad, su altruismo caritativo, cariñoso, benévolo, hasta el punto de no conservar nada para sí.

En Praga, decía en confianza á Carlos X desterrado: « Soy pobre como una rata y vivo con los pobres de Madama de Chateaubriand. »

Esta había fundado un asilo para los indigentes.

Hay otra cosa que jamás hubiera permitido el Renato de las sabanas: Francisco reía, tenía momentos de un loco buen humor y de alegría: léanse las memorias de su secretario Justino Danielo y se encontrará al Chateaubriand de amable carácter que conocían muy bien algunos amigos, Fontanes, Joubert, Chênédollé y Molé. Es más, en *el Itinerario*, en frente de Jerusalén, hay cosas verdaderamente chuscas (Juan se tragaba el jamón y el vino so pretexto de poner en orden los cestos de provisiones, etc.).

Chateaubriand fué el pintor de moda, y jamás practicó la desesperación. No hay ninguno que haya obrado con más energía y efectividad en todos los órdenes de ideas. Ha cambiado las opiniones, ha hecho volver la literatura á la religión y ha devuelto el espíritu religioso al espí-

ritu de libertad. Se le ha llamado « el diletante de las monarquías ruinosas » que sentía muy poco aquella á la que había prestado sus servicios, y para consolarse, predecía la ruina de todas las demás. Lo cierto es que las realidades no correspondieron á sus aspiraciones y su lealtad de viejo bretón sólo halló en París motivos de protesta que le condujeron á estas últimas conclusiones :

La sociedad moderna toda entera abandona á la monarquía. Se proclaman los principios más atrevidos á la faz de los monarcas, que creen hallarse en seguridad tras la triple fila de una guardia sospechosa. La democracia los va invadiendo; suben de piso en piso, desde el piso bajo hasta la buhardilla de su palacio, desde donde se echarán á nado por los tragaluces. En medio de esto, obsérvase una contradicción fenomenal. El estado material mejora, el progreso intelectual mejora, y las naciones, en lugar de aprovechar se empuñecen ¿ de dónde viene esta contradicción? Es que hemos perdido bastante en el orden moral.

Si el sentido moral se desarrollase en razón directa del desarrollo de la inteligencia, habría contrapeso y la humanidad iría creciendo sin peligro; pero sucede todo lo contrario. La percepción del bien y del mal se oscurece á medida que la inteligencia se ilumina, la conciencia se estrecha á medida que se ensanchan las ideas. Si, la sociedad perecerá... El mundo actual, el mundo sin autoridad consagrada, parece colocado entre dos imposibilidades: la del pasado y la del porvenir. Se ha dicho que una ciudad cuyos habitantes tengan igual parte en la distribución de las riquezas y de la educación, presentará á los ojos de la divinidad un espectáculo muy superior al que ofrece la ciudad de nuestros días. La locura del momento consiste en querer llegar á la unidad de los pueblos y en hacer un solo hombre de la especie entera. Concedámoslo; pero ¿ al adquirir facultades generales ¿ no perecerá toda una serie de sentimientos privados? ¿ Adiós dulzuras del hogar! ¿ Adiós encantos de la familia! Entre todos esos seres, blancos, amarillos y negros, á quienes consideráis como vuestros compatriotas, no podríais echaros al cuello de un padre.

No hallo solución al porvenir sino en el cristianismo y en el cristianismo católico.

Al cabo de cien años conservan toda su actualidad estas picantes observaciones. Merced á un prestigio extraño, de que sólo tuvo como un destello Andrés Chénier, Chateaubriand halló en el pasado la juventud del porvenir. Llevó luto por todos los muertos segados por la Revolución: iglesia, monarquía, nobleza, feudalismo, sombras sin sepulcro á las que tributó sus cantos y sus lágrimas. Y, sin embargo, todo su genio florece lleno de esperanza y de promesas y el porvenir ha nacido de sus sueños. La poesía arrugada que movía la cabeza en su sillón Voltaire, vió volatilizarse sus esperanzas y anonadarse en las cenizas de su estufilla; al sonido de las campanas de la consagración del rey, nació una princesa adornada con las flores raras de América, gozosa como los pájaros del Meschacébé, pensativa como las gaviotas de las

costas bretonas, heredera del antiguo mundo, conquistadora del mañana: esta fué la poesía moderna.

Este prodigioso genio lo desfloró todo, lo observó todo y de todo sacó deducciones: se le encuentra en todas partes. Es el padre del romanticismo, determinó el retorno á la fe monárquica y religiosa, creó la poesía individual y lírica, la descripción pintoresca de la naturaleza asociada á nuestra vida interior, la edad media decorativa, el movimiento de curiosidad hacia las literaturas inglesa y alemana, el culto de la grandeza, de la nobleza y del poderío, el desdén de las mezquindades y pequenezes y el renacimiento del idealismo que le debió nueva vitalidad. Llevó en sí todo el porvenir moral de un siglo y no hay nombre más imposible de borrar que el suyo, sin causar una revolución en el aspecto de la filosofía moderna.